PARIS

EL PRIMER DIA EN PARIS.

Para un espíritu observador, para una imaginacion viva, para un ánimo exaltado por el deseo de conocer y comparar los hombres y las cosas, no hay duda alguna que el dia de la llegada á París es uno de aquellos acontecimientos solemnes, de aquellas sensaciones profundas que ó no se borran jamas, ó dejan honda huella en el corazon y en los sentidos.

Yo llegaba á París por *Charenton* (1) asi como otros van á Charenton desde París. Habia salido aquella mañana de la linda ciudad de *Autum*, y deseoso de saborear detenidamente todos los objetos que me ofrecieran las inmediaciones de la gran capital, habia abandonado la diligencia y tomado una carretela, con otro compañero de viage tambien jóven, tambien extranjero y tambien como yo deseoso de gozar. Ignoro si á él le sucederia lo que á mí, ni sé si pensaria en Viena, su patria; por mi parte no podia apartar la memoria de la mia, y estableciendo una relacion mental entre el punto de mi partida y el de mi llegada, contemplaba el Manzanares desde el *Sena*, el cerro de los ángeles desde las alturas de *Montmartre*, y los puentes de Segovia y de Toledo desde los de *Jena* y *Austerlitz*. Y todavía no eran estas las comparaciones mas desventajosas; pero cuando veía desplegarse á mis pies aquellas ricas y frondosas campiñas, cuando contemplaba los caminos cuidadosamente enlosados y acotados por dobles filas de hermosos árboles, cuando en vano pretendia enumerar la multitud inmensa de las casas de campo, (*chateaux*) paradores, (*hotels*) fondillas, (*restaurateurs*) y caseríos no interrumpidos durante algunas leguas, y que á cada paso me hacian abanzar en la idea que formaba de la capital que iba á conocer, cuando esta se desplegó á mi vista en toda su estension, y me representó positivamente las cúpulas del Panteon y de los Inválidos, las torres de Nuestra Señora, de San Sulpicio, y de las Tullerías, aquellos palacios en fin, aquellos templos que ya de antemano tenia yo tan impresos en mi idea, cuando en fin comparé todo este magestuoso espectáculo con el triste y monotono que tantas veces habia contemplado en los alderedores de nuestro Madrid, no pude menos de dejar escapar un suspiro, que bien rápidamente debió atravesar las trescientas leguas que me separaban de este.

Ya habiamos pasado el puente de Charenton, y yo contando cuidadosamente los pasos que me acercaban á la capital, habia preguntado al conductor cuanto nos faltaba aun para esta. — "Dos leguas", me contestó. — Pero la série de casas de uno y otro lado no concluia, antes bien, de bajas y sencillas, iban tomando formas mas magestuosas y elegantes; ya se dividian en calles traviesas y de una prolongada estension; ya daban lugar á plazas regularmente formadas; ya la multitud de carruages de todas las formas conocidas, de trajineros, de paseantes, iba aumentando prodijiosamente; ya veía desplegarse á mi vista un prodigioso número de tiendas, almacenes, cafés..... y sin embargo París no parecia. — Conductor ¿cuánto nos falta aun para llegar? — ¿A donde? — A París. — Hace hora y media que estamos en él. — Pues ¿cómo? ¿desde cuando? — Desde Charenton. — ¿Pues no habia dos leguas? — Si señor, pero son contadas desde la plaza de Nuestra Señora, punto general para todos los caminos de la Francia.

— ¡Con que esto es París! ¡dos leguas! por cierto que es bien grande! ¡Y en verdad que debia haberlo adivinado, porque estas calles interminables, estos altísimos edificios, este bullicio de pueblo, no eran cosas que podian encontrarse en cualquier parte. — Pero Señor á donde vamos á parar? Dos horas hace que andamos y aun no hemos llegado al punto de parada; y eso que vamos en pies agenos; ¡cielos! que será cuando tenga que franquear estas distancias con los mios.... ¡Qué tristeza!.... esto será vivir solo en medio de la multitud. Esta sentida reflexion es terrible, y sin embargo es la primera que asalta á un extranjero.

Por lo demas (continuaba yo mi monólogo mental), ¡qué feo es París! ¡qué calles tan súcias y obscuras! ¡qué casas tan negras! ¡qué monotonía, que pesadez de edifi

(1) En esta villa hay un célebre hospital de locos.

cios! ¿Dónde estás alegre y hermosísima calle de Alcalá con tu arco de triunfo, y tus árboles, y tu Retiro, y tu Prado, y tus fuentes, y tu Aduana, y tus casas blancas, y tu cielo azul, puro y brillante? ¿Y para esto he andado yo trescientas leguas, para meterme en este tenebroso basurero? Reniego de París, reniego y me arrepiento de mi resolucion.

"*Hotel royal des messageries*» hola, aquí es donde haremos alto.... ¡Qué confusion! ¡cuántos coches y diligencias en el patio! Aquel que descarga allí viene de Bruselas; el otro de Viena; el de mas allá de Berlin; pero ¿qué quieren estos hombres que me cercan, me acosan, y me hacen mil reverencias?.... ¡ay que el uno se lleva mis baules, otro mi maleta, otro mi sombrerera y mi saco; que los meten en aquel coche!..... ¿qué es esto, donde me llevan VV.? —*Entrez Monsieur.* —Pues señor, heme aquí trasegado con todos mis efectos á un coche de ciudad; ¿pero á donde nos dirigiremos? veamos las papeletas de los *hotels* que me han dado estos hombres.... escojamos.—"Conductor, al *hotel de.... Rue Richelieu.* —"Estamos en él.»

El que vaya á juzgar de lo que en París se llama un *hotel*, por lo que en Madrid llamamos una fonda ó casa de posadas, desde luego puede estar convencido de que se equivoca de medio á medio. En una capital como aquella donde van á reunirse constantemente lo mas escogido y brillante de la poblacion de Europa, donde los potentados y aun los reyes llegan de incógnito confundiéndose con la inmensa multitud; donde no hay clase de aliciente y de comodidad que no se ponga en uso para fijar todo lo posible esta poblacion móvil de viageros que tanto beneficio dejan al comercio y á la industria, puede desde luego concebirse que las mansiones dedicadas á recibirlos y hospedarlos, reunirán cuantos agrados pueden imaginarse para hacerles mas grata su permanencia. Asi es la verdad; los primeros edificios particulares de París, los magníficos palacios de la antigua nobleza, han sido convertidos en *hotels* por el espíritu de especulacion. Añádase á esto la elegancia y primor del mueblage de las habitaciones, el esmero y aseo en el servicio, el órden admirable en el régimen interior de aquellas casas, donde cada uno llega á dudar si está solo, y si solo para él se prodigan aquellos cuidados, y nadie estrañará la facilidad con que de este modo se identifica muy pronto el forastero con una vida en que no puede echar menos las comodidades de su propia casa.

Heme aqui instalado en mi habitacion parisien, con mi chimenea, con su espejo incrustado en la pared, mi cama, mi cómoda ó *secretaire*, mi velador, mis sillones, mi reloj y mis candeleros y campanillas; ¡cuán grato es aquel primer momento, en que uno entregado á sí mismo y descansando de las fatigas de tan largo viage, no teme ya que nadie le moleste, y volviendo agradablemente la vista á los objetos que le rodean, les escucha aunque mudos decirle todos "Estás en París.»

Pero no dura largo tiempo este reposo. La puerta se entreabre respetuosamente.—Es el criado conductor (*Domestique de place*) que viene á ofrecer sus importantes auxilios sirviéndoos de guia en el laberinto de París; para él no hay secretos ni puerta cerrada en la ciudad; los museos y bibliotecas, los jardines y paseos, los monumentos públicos, los establecimientos particulares de todos géneros, todo lo conoce prácticamente, y de paso que os lo enseña os repetirá la historia de cada uno, su fundacion, sus vicisitudes y progresos; este personage digno de la pluma de *Scribe*, es un tipo original de París, es París mismo, que os habla, que os enseña sus tesoros, como una coqueta que gusta de ostentar sus perfecciones, es la clave de aquella cifra, la luz de aquella linterna, el maese Pedro de aquel retablo.—No lejos de él viene á ofrecerse á vuestras órdenes el cochero del hotel, que os brinda con su cabriolé *á dos francos por hora*; este os hace aprovechar los momentos, y en caso necesario os sirve tambien de *cicerone*; pero su jurisdicion no se estiende mas allá de las fachadas y de los patios de los edificios.—Luego viene el barbero con su cagita llena de ungüentos y cosméticos para todos los males conocidos, y os afeita y os peina al mismo tiempo, y os perfuma y barniza de pies á cabeza, siempre amenizándolo con las novedades del dia, y envidiando la guitarra y la alegría de los *figaros* españoles.—Despues se acerca con mil cortesías y muecas la planchadora de la casa, con su pañolito graciosamente prendido en la cabeza y su delantal, su zapatito ajustado, y sus sortijas de *souvenir;* luego entran las fantásticas targetas de *adresses* (señas) de los sombrereros, peluqueros, casas de baños, restauradores, y gabinetes de lectura de todo el cuartel; y por último teneis que sufrir la inevitable visita del sastre del hotel, el mas cansado de todos aquellos solícitos servidores, el cual abrirá vuestros baules, los reconocerá de arriba á bajo, y mirará vuestros trages con una sonrisa compasiva; despues dirigiéndose á vos con un aire solemne esclamará:—"Monsieur, mucho me aflije el tener que decíroslo; pero vuestro guarda-ropa necesita *incesantemente* una rehabilitacion completa, *con arreglo á los adelantamientos del siglo.*»—Y tú, pobre viagero, que habias pensado sorprender á aquel práctico con la manifestacion de tu elegancia y buen gusto, tienes que sufrir semejante sarcasmo, y ponerte en sus manos á riesgo de pasar por un antípoda.

Ya en fin se acabaron las visitas y el tocador; ya he reconocido detenidamente el plano de París para medir el grado de latitud á que me encuentro; ya he metido en mi bolsillo *la verdadera guia parisien*; por hoy no quiero ni cabriolés, ni cicerones, ni amigo conductor; quiero saborear por mí solo mis primeras impresiones, vamos pues á la calle. ¿Pero á donde dirigiré mis pasos? ¿iré á ver los edificios públicos, las Tullerías, El Louvre, la Bolsa, la Magdalena, la Columna ó el Panteon? ¿preferiré los paseos? ¿recorreré los *Boulevarts* ó el *Palais royal*? Sigamos, pues, sin dirigirle el impulso de mis pies, y entreguémonos al numen tutelar que sin duda debe haber para los recien llegados á esta Babilonia.

¿Has reparado acaso, benévolo lector en uno de tus chiquillos (si los tienes) metido en dias de feria en una tienda de tiroleses; en el momento en que tú, deseoso de proporcionarle aquella dicha, le dices que escoja entre todos los objetos que el esperimentado vendedor le muestra profusamente? Pues he aquí la *vera efigies* de un forastero en su primer salida por las curiosas calles de aquella capital. Mírale correr precipitado de un objeto á otro sin entenderlos ni clasificarlos en su memoria, pararse de pronto, y volver á desandar lo andado; y que tan pronto llama su atencion un magnífico templo, como la muestra de un peluquero; el prolongado faeton *omnibus*, como el brillante aparato digestible de una pastelería; las caricaturas de Boily que cubren los cristales de una estampería, como la elegante y agraciada *limonadiere* que regenta el mostrador de un café; que se rie en la cara á su sansimoriano con su trage fantástico, y por poco se ve atropellado por un cabriolé por volver á mirar el gracioso talle de una *griseta* que va á llevar los vestidos á las parroquianas; que luego sube en un *omnibus* para dejarse conducir por ocho cuartos sin saber á donde, y en seguida se apea y vuelve atras, y entra en una tienda de guantes, y compra varios pares sin necesidad, por solo tener el gusto de entablar conversacion con las muchachas del almacen; y mas allá se le antoja una estampa, y luego una sortija, y despues un libro, y mas arriba una caja de música, y mas abajo una máquina para afeitarse sin navajas y sin jabon, ó para escribir sin pluma, ni tinta, ni lapiz, ni papel, ni manos, ni cabeza; entre tanto recibe con agrado las innumerables targetas que le entregan por las calles con las

señas de todos los almacenes y establecimientos públicos; y luego compra en el *puente nuevo* una cadena *casi de oro* por cinco reales, y despues recibe de una vieja un calendario y un paquete de cerillas fosfóricas, á cambio de una limosna vergonzantemente demandada; y al mismo tiempo come sin pararse *des petits patés á deux sous* ó bebe una taza de caldo en algun establecimiento á la holandesa, y luego se detiene un momento á recorrer los periódicos en un gabinete de lectura, ó para ver las habilidades de los monos *Mma. Angot* y *Mr. Leprice*, y despues sube á las torres de *Nuestra Señora*, y desde allí quiere bajar á las *Catacumbas*, y saliendo del bullicio de la Bolsa, corre al silencio sepulcral del jardin del padre *Lachaise*.

Pero hay entre todos estos un momento verdaderamente solemne y magnífico; y este es aquel en que por primera vez se introduce el forastero en las brillantes galerías del *Palais Royal*. He viajado bastante y deseoso de aprovechar las gratas sensaciones que proporcionan los objetos nuevos y extraordinarios, he solido verlos con el entusiasmo de una imaginacion apasionada; pero ninguno, lo confieso con franqueza, me ha causado impresion tan profunda y agradable como el interior del gran jardin del Palacio Real. Si he de decir la verdad, hasta París no habia encontrado aquella Francia que yo me figuraba; pues bien, ahora debo añadir que solo en el Palacio Real encontraba el París objeto de los ensueños de mi fantasía.

Los que han tenido el placer de contemplar aquel bullicioso recinto, no encontrarán exajerada esta observacion; a los que no, toda descripcion sería inútil y cansada. Baste decirles que en él viene á reunirse todo lo que una poblacion numerosa, activa, y brillante puede ofrecer de interés en las artes, la industria y el comercio; todos los halagos y comodidades de la existencia, todos los encantos de la imaginacion y los sentidos; infinidad de almacenes magníficos surtidos de todos los objetos de lujo y de necesidad; teatros, cafés, fondas, gabinetes de lectura, y espectáculos de todos jéneros; y animado todo ello por una concurrencia tan numerosa, por una brillantez de decoracion esterior tal, que es para constituir en un verdadero encanto al que por primera vez llega á contemplar tan animado cuadro.

Yo me hallaba precisamente en este estado, pero mi estómago mas positivo aun que mi cabeza vino á sacarme bruscamente de él, recordándome caritativamente que hacia seis horas que le habia abandonado. Llegaba en aquel momento delante de la puerta del famoso restaurador *Very*, y en ninguna ocasion podia avisarme tan á tiempo. Tuve pues que transigir con su justa exigencia y entrar en aquella suculenta mansion.

Tambien se llevan otro chasco los que sin haber visitado á París calculen de los llamados *restauradores* en aquella capital por los conocidos por fondistas en la nuestra; los que crean que hay algo de semejante entre los Dos amigos y *Rocher de cancale*, entre la Fontana y *Les freres provencaux*. Se ha dicho no sin razon que para saber lo que es el placer de una buena mesa es menester ir á París; con efecto el mas delicado gastrónomo no tiene allí la menor queja; y para edificacion de los madrileños que nos solemos contentar con nuestra olla y nuestros míseros guisados, convendria reimprimir cualqiera de los abultados volúmenes (no listas) de artículos que las mesas parisienses ofrecen al feliz consumidor. De aqui la voga de tales establecimientos que no solamente estan en posesion de servir á todos los forasteros, sino á una gran parte de la poblacion fija de aquella capital. Su elegancia por otro lado; la limpieza y esmero en el servicio, la profusion de vajillas y cristalería, la magnífica iluminacion de gas, la combinada escala de precios desde los mas ínfimos hasta los mas inauditos, el placer sensual que dejan adivinar los animados rostros de toda la concurrencia, son cosas tales que en vano pretenderia yo aqui ni tan solo delinearlas.

La casualidad me hizo encontrame allí con mi compañero de viaje, y de quien me habia separado aquella mañana á mi llegada á París; y como práctico de otras veces en aquella capital, gustó hacer un examen de mis primeros pasos en aquel pueblo, dándome de camino algunos avisos que no me fueron perdidos para en adelante. Acabada la comida y teniendo á la vista el *Entreacte* y el *Vert-vert* periódicos de *teatros*, estuvimos largo tiempo ocupados en resolver la cuestion de á cual daríamos la preferencia. ¡Ay que no era nada! Uno, dos, tres, cinco, diez, veinte, treinta y cuatro espectáculos teníamos á donde escoger ¿Y que espectáculos? *Roberto el Diablo*, *I Puritani*, *El misantropo*, *Ifigenia*, *Lucrecia Borgia*, *El arte de conspirar*, *La torre de Nesle*, *El diablo en Sevilla*, *El hombre del siglo*...., Mayerbeer, Bellini, Moliere, Racine, Victor Hugo, Scribe, Dumas, Gomis, todos ofreciéndonos á porfía el fruto de sus talentos, y por bocas tales como las de *Mlle. Mars*, *Fay*, *Mres. Ligier*, *Joanny*, *Samson*, *Rubini*, *Tamburini*, *Ybanoof*, *La Grisi*, y *la Unguer*.... y esto sin contar otro sinnúmero de diversiones mas *vergonzantes*, bailes públicos, campestres y cortesanos, altos y bajos, descarados y con careta, *Campos eliseos*, *Idalia*, *Tivoli*, *Vauxall*, *Frascati*, *el Prado* y *el Retiro*; conciertos franceses, ingleses, rusos, italianos, alemanes, y de Indios del Malabar; figuras representantes, fantasmagoría, sombras chinescas, pájaros militares, pulgas maravillosas, perros sapientes, arlequines, monos, y volatineros....

Pero era el primer dia que yo estaba en París y me hallaba en el palacio real; creí pues de mi deber no salir de el y tributar aquella noche al primer teatro francés, al teatro de Racine y de Corneille. Reuníase casualmente en el una circunstancia favorable. La célebre actriz Mars, viniendo de las provincias, salia á ejecutar el papel de *Celimene* en el Misantropo.... Confieso francamente que al contemplar su admirable inteligencia y el decoro escénico de aquel templo digno de las musas, no pude menos de volver á lanzar un suspiro que por fuerza debió de oirse en las calles del Príncipe y de la Cruz de Madrid.

Pero aun no quise concluir aquí las gratas sensaciones de aquel dia; comuniquéle á mi compañero el pensamiento, y marchamos ambos con direccion á la *Academia real de música* donde á la sazon se hallaban cantando el *Roberto el Diablo*, de Mayerbeer. Al llegar aquí, al escuchar aquellos filosóficos y sublimes acentos, en el primer teatro del mundo, y realzados por una admirable ejecucion y por un aparato de que solo viéndolo puede formarse idea, al ver el majico vuelo de *Mlle. Tallioni*, y demas comparsa aérea, al considerar que despues de esto todo me habia de parecer inferior, y sacarme del extasis dulce en que me hallaba, tomé acabada la ópera el camino de mi posada, sin hacer alto en el bullicio de los coches, sin hacer parada por aquella noche en el café de *Tortoni* ni en el *Inglés*; sin apenas reparar en la larga procesion de *seducciones emplumadas* que á tales horas detienen cariñosamente al forastero, sin acordarme en fin de que estaba en París ni de mis proyectos para el siguiente dia, reconcentrándome completamente en el actual, hasta que me quedé dormido en aquel dichoso término que media entre la grata posesion de lo presente y las esperanzas aun mas gratas del porvenir.

El curioso parlante.

EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA.

(*Véase el número anterior.*)

Quedan pues presentados los principales cargos que

pueden hacerse á Tirso; esto es, la poca importancia y la repeticion de muchos de los argumentos, y la demasiada libertad en el modo de manejarlos; pero estos cargos no son de ninguna manera tan absolutos que no pudiera contestarlos con escepciones honrosas, en que afortunadamente se apartó de aquellos defectos. En algunas de sus comedias, con efecto, supo hacerse superior al torrente de su siglo, y atreverse á la pintura de caracteres cómicos, dejando entrever un objeto moral como fin de sus composiciones. *Marta la piadosa*; *Por el sótano y el torno*; *La celosa de sí misma*; *Ventura te dé Dios, hijo*; *Privar contra su gusto* y otras varias, dan bien á conocer lo que Tirso era capaz de hacer en este punto, asi como tambien que le era posible el arreglarse á un plan discretamente moderado por la razon y el buen gusto.

Tiene ademas este insigne poeta la gran recomendacion de la originalidad é invencion de muchos de los pensamientos dramáticos que despues han hecho fortuna manejados por otros autores; y no pocos de estos han copiado ó imitado á Tirso sin tener en cuenta lo que le debian. La hipocresía y la falsa virtud habian visto una imagen suya en la *Beata enamorada*, antes de Moliere y de Moratin. El *Convidado de piedra y Burlador de Sevilla*, de Tirso ha sido imitada despues por nacionales y extranjeros. Ni Rotrou ni Regnard, ni Picard habian escrito antes que Tirso hubiese ya dado en *La ventura con el nombre* una comedia cuyo argumento es una semejanza en el semblante. *La celosa de sí misma* ha sido imitada por varios; Moreto dió en *La ocasion hace al ladron* una copia de la *Villana de Vallecas de Tirso*, y en el *Desden con el desden* trató el mismo objeto que aquel en *Celos con celos se curan*. Cañizares copió la *Antona García* ligeramente variada, y lo mismo hizo Matos con la *Eleccion por la virtud* á que dió el nombre de *El hijo de la piedra*, y finalmente Montalvan copió servilmente á Tirso en *Los amantes de Teruel*.

Cosa inconcebible parece que el mismo hombre que cuando queria sabia conducir tan dignamente su pluma por el camino de la razon; que era capaz de desenvolver (sin mengua de su ingenio) una intriga peregrina, natural é interesante, tal como la de *Amar por señas*, *Amor y celos hacen discretos* y otras, llegase en otras ocasiones á delirar hasta el punto repugnante que se ve en muchas de sus comedias; léanse sino *Escarmientos para el cuerdo*; *La condesa vandolera*; *Los lagos de San Vicente*; *El mayor desengaño* y otras varias, en que se dejó atras á lo mas desatinado de sus rivales.

Pero el genio de Tirso obedeciendo de este modo al gusto extravagante de un público poco escrupuloso, supo como hemos dicho sujetarle en otras al saludable influjo de la razon y del buen gusto, ofreciéndole pinturas animadas y exactísimas de las costumbres nacionales, como en *D. Gil de las calzas verdes*; *Por el sótano y el torno*; *El amor médico* y otras varias en las cuales precedió á Moreto, Alarcon y Solís, indicándoles el camino de la verdadera comedia. Engolfado en otras ocasiones en los mas profundos arcanos de la metafísica amorosa, supo pintar el amor con todos los caracteres posibles, sublime, taimado, tierno, burlador; en los palacios y en las cabañas, gozando en la prosperidad ó luchando y venciendo la adversa fortuna. = *El castigo del pensé qué*; *El vergonzoso en palacio*; *El burlador de Sevilla*; *Amor y celos*; *Amar por razon de estado*, y casi todas sus comedias dan repetidas pruebas de aquel aserto, y pueden todavía admirarse aun despues de haber admirado á Calderon; y finalmente supo luchar hasta en fecundidad con el celoso de su siglo, pues que ya queda asegurado por el mismo Tirso, que tenia escritas *trescientas* comedias en 14 años.

Pero en donde este poeta aventaja á todos los demas dramáticos españoles, es en la pintura de las costumbres villanescas que sabe trazar con una verdad y gracia, en que no dudamos asegurar que no ha tenido rivales, ni siquiera felices imitadores.

"Par Dios que hemos arrendado
unos prados del concejo;
pujólos Anton Bermejo
y picóse Bras Delgado;
volviólos á pujar mas
y emberrinchándose Anton
pególes otro empujon;
pujó cuatro reales Bras,
y á tal la puja les trujo,
que aunque los llevó Delgado,
creo, segun han pujado,
que quedan ambos con pujo.»

D. Juan. "Casaros, ¿cuándo ó con quien?
Violante. ¿Cuando? mañana temprano
que ansina el cura lo dijo,
¿Con quien? con Anton el hijo
de mi viejo Bras Serrano;
¿Cómo? con juntar las palmas
al tiempo que el sí, pregunten,
¿mas qué importa que las junten
sino se juntan las almas?
¿Donde? en cas del escriben
que mos hace la escritura
¿por quién? por mano del cura
delante del sacristen.»

Dominga. "Si vos el hechizador
lo sentís como lo habraís,
á buen puerto vos llegais
que á la fe que os tengo amor.
No lo saben *sermonear*
los de acá tan á lo miel,
quizás lo hace el burriel
ó el carrasqueño manjar;
mas vos aunque cariharto
en cada ojo socarron
tenedes si hechizos son
dos varas de garabato;
yo sirvo al mejor serrano
que toda la Limia tien,
es rico é home de bien
é cinco ducados gano.
Siete da á cada baquero,
si él os recibe y conoce
siete y cinco serán doce
juntaremos el dinero,
haremos hucha yo y vos,
diez años le serviremos,
la alcancia quebraremos
á los diez años los dos.
A doce ducados son
diez años, si bien los cuento,
diez á doce, veinticiento
que será rico pellon;
compraremos bacorriños
que los gallegos son brabos,
un prado en que sembrar nabos,
dos cabras y dos rociños;
cogeremos, ya el centeno,
ya la boroa, ya el millo;
buen pan este aunque amarillo;
sano el otro aunque moreno;
gallinas que con su gallo
nos saquen cada año pollos,
manteca de baca en rollos;
seis castaños, un carballo,
una becerra y un buey,
y los diez años pasados.

podrá envidiarnos casados
el conde de Monterrey.
Caldegoa. ¿Cómo te llamas?
Dominga. Dominga.
Cald. Mi fiesta de guardar eres,
si á lo prestado me quieres
tu esclavo soy; ata y pringa,
ya estarás golosmeada,
mas dudar en esto es yerro
pasaste la cruz del ferro
y vendrás desojaldrada.
¿No has querido á nadie?
Dom. ¿Yo?
soy por vida de mi padre
tan vírgen como mi madre
me parió.
Cald. Deja el parió
y á lo primero te allega,
pues yo me sé aunque porfías
que son muchas gollerías
pedir doncellez gallega.»

Aquí ya se descubre la natural malicia de nuestro P. Definidor, que se complace en tener constantemente retozando en los lábios de los oyentes una risa juguetona. Sin embargo, el auditorio bullicioso que depuestas las armas de la crítica, se vió involuntariamente arrebatado por las gracias del maligno Tirso, quédase de pronto sorprendido cuando le oye prorrumpir en sentencias tan profundamente filosóficas como enérgicamente espresadas.

"Que no el tener cofres llenos
la riqueza en pie mantiene;
que no es rico el que mas tiene
sino el que ha menester menos.»

"Por no venir á gastar
del recibo es bien me prive,
que la mujer que recibe
es forzoso que ha de dar.»

"Dad al diablo la mujer
que gasta galas sin suma,
porque ave de mucha pluma
tiene poco que comer.»

"La sombra del nogal
representa al desdichado
que á cuanto alcanza hace mal.»

"La mujer en opinion
siempre mas pierde que gana,
pues son como la campana
que se estiman por el son.»

"En la mesa del amor
los celos son el salero,
que para ser verdadero
ellos han de dar fabor;
pero advierte que es error
echar mucho al que es sencillo:
con la punta del cuchillo
pone sal el cortesano,
porque con toda la mano
no es templallo es desabrillo.»

"El que en los príncipes fia
y á la cumbre del poder
por el favor va subiendo,
mire como asienta el pie.
Por escaleras de vidrio
sube el privado mas fiel,
y es fácil cuando descienda
ó deslizar ó romper.»

Preciso sería copiar la mayor parte de los diálogos de Tirso, para dar á conocer toda la riqueza de su imaginacion, toda la profundidad de su estudio, toda la fuerza, originalidad y gracia de su lenguage; pero basten los ya citados para reconocer en este eminente autor uno de los hombres mas insignes de que puede con razon gloriarse el Parnaso español.

Por eso es tanto mas digno de censura el criminal é injusto olvido en que le han echado tantos autores como han tratado de la historia de nuestro teatro, y en el cual ha permanecido como eclipsado hasta estos últimos años en que un apreciable literato (D. Dionisio Solís), volvió á despertar la buena fama de Tirso, presentando en la escena varias de sus comedias refundidas con bastante discrecion, y por fortuna perfectamente desempeñadas. El público del dia quedó tan prendado de ellas, que el nombre de Tirso es un talisman para llenar el teatro, y su reputacion por mucha que fuera en vida, creemos que se halla hoy mas sólidamente asegurada.

Unicamente sería de desear que muy pronto llegásemos á ver concluida la reimpresion de todas las comedias de Tirso, que emprendió hace dos años otro literato, profundo conocedor y entusiasta de nuestro antiguo teatro. De este modo el tesoro completo del Maestro Tirso, conocido únicamente en el dia por algunos pocos aficionados, llegaria á hacerse general, y en ello ganarian á un tiempo la reputacion del poeta y la gloria del pais.

R. de M. R.

ADORNOS DE TOCADOR.

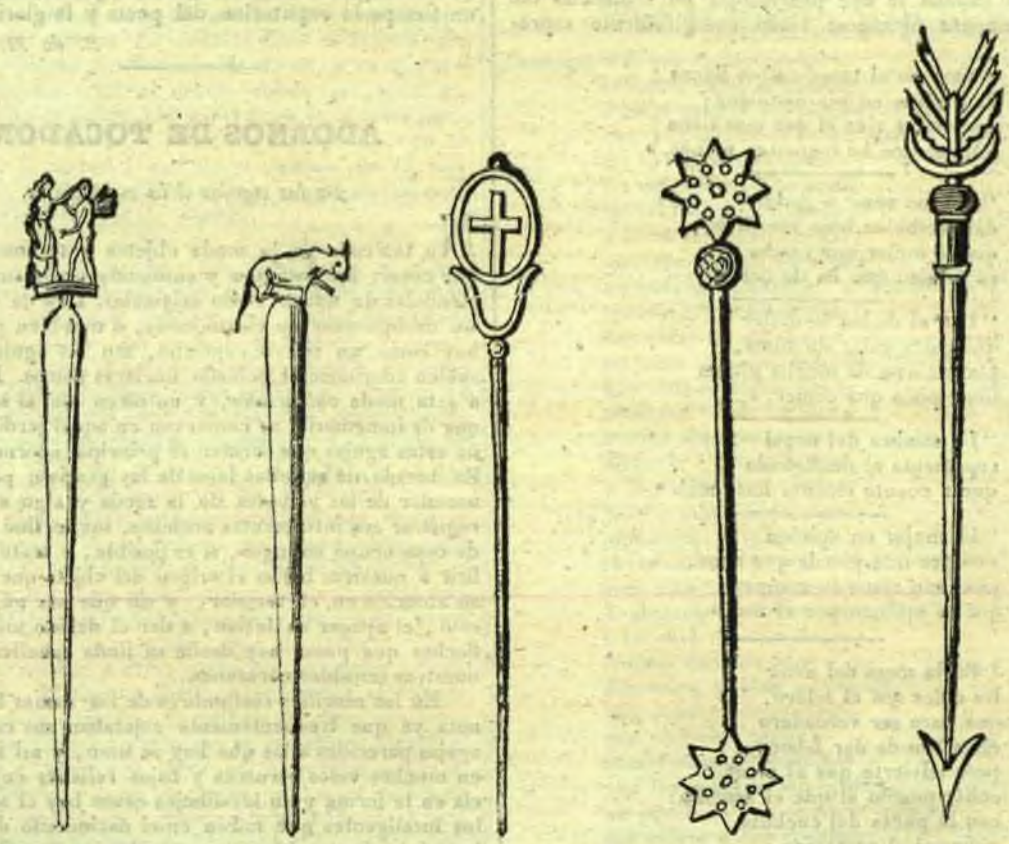
De las agujas á la valenciana.

No teniendo ya la moda objetos enteramente nuevos que crear, las desfigura y enmienda mañosamente ofreciéndolas de nuevo como originales. Uno de estos objetos desfigurados en cierto modo, ó mas bien presentados hoy como un nuevo capricho, son las agujas con que suelen adornarse el peinado nuestras damas. Dícese hoy á esta moda *valenciana*, y no dicen mal si se atiende á que de inmemorial se conservan en aquel jardin de España estas agujas que forman el principal adorno del sencillo tocado de aquellas hijas de las gracias; pero yo conocedor de los juguetes de la moda y algo aficionado á registrar sus interesantes archibos, me inclino de que cada cosa ocupe su lugar, si es posible, y trato de descubrir á nuestras bellas el origen del objeto que hoy llama su atencion en el tocador, y sin que sea mi ánimo en esto, el apagar su ilusion, á dar el debido mérito á esas flechas que pasan hoy desde su linda cabellera á herir nuestros sensibles corazones.

En las sencillas costumbres de las damas Etruscas se nota ya que frecuentemente sujetaban sus cabellos con agujas parecidas á las que hoy se usan, y asi se advierte en muchos vasos etruscos y bajos relieves cuya elegancia en la forma y en los dibujos causa hoy el asombro de los inteligentes que miran en el nacimiento del arte un ingenio y desenvoltura tan maestra, y un adelanto tan precoz como rápida fue su decadencia. En muchas estátuas y obras griegas y aun en algunas medallas particularmente en las de Siracusa, se notan agujas que prenden los cabellos, con formas bastante graciosas, y tambien las gastaron las mujeres de los grabes Hebreos, si hemos de dar crédito á escritores conocidos por su suficiencia y verdad histórica. Empero, si ya aquellos pueblos usaron este adorno, donde se ven campear las agujas con las formas mas elegantes y en mayor profusion,

es en las romanas, particularmente en los tiempos de la república y de las doce primeras emperadoras; y asi es, que ademas de las estátuas, bajos relieves y pinturas, en las medallas de familias romanas, y en las de las mujeres de los césares campean generalmente para sostener aquellas trenzas tan variadas como preciosas que daban realce á la natural hermosura de aquellas que despues fueron adoradas como diosas ocupando los suntuosos templos de la gentilidad. Como las agujas lucian tambien en las pelucas de las diosas, en los adornos de las vestales, y sacerdotisas y aun tambien en las cabezas de los sacerdotes destinados á peinar á la Diosa Cibeles llamados *sacerdotes capillati* segun Gratherio; los artistas se esmeraban á porfía, conducidas por la veleidosa moda, en la variedad de las formas, y los ídolos, los animales, y cuantos objetos presenta la naturaleza, eran la ocupacion del cincel, del crisol y yunque de sus talleres; de suerte que las cabezas de dichas agujas representaban figuritas de Venus, Castor y Polus, Cupido y Psigne, ú alegorías relativas á la religion, á las pasiones ú á la historia general. Entre las joyas de boda las agujas y punzones del tocador, jamás eran olvidados como que constituian una parte de las principales del aderezo. Estas agujas eran de todos metales conforme la clase de la portadora siendo generalmente de oro, segun Marcial y otros escritores, las de las grandes señoras, de plata y de marfil las de la clase media, y de bronce y aun decaña como afirma Reding las de las plebeyas. El nombre de la dueña y el de su marido, solia grabarse en estas agujas, y asi se ve en una perteneciente á María mujer de Onorio la que fue enterrada en el Vaticano en cuyo sepulcro se halló una aguja citada por Guasco en la página 50 de su obra. Era tanta la supersticion romana, que la aguja con que se trenzaba (1) y sujetaba la peluca de Cibeles, se miró como milagrosa, y *Servio* la cuenta entre las prendas de la duracion y gloria del pueblo romano de la misma suerte que las cenizas de Veienses, el cetro de Orestes, el de Priamo, los escudos sagrados etc. *Septem fuerint paria quæ imperium Romanum tenent, acus matris Deum.*»

Señores los romanos de todo el Orbe por sus conquistas, enseñaron sus costumbres á todas las naciones con el intento de destruir las que antes existian, y por esta razon las agujas pasarian á ser adorno de las damas de las Gallías y de nuestras españolas. La incursion de los bárbaros en el inperio, destruyó del todo las artes, que desde Tiberio habian decaido en sumo grado, y las costumbres tomaron otro sesgo, y cuando los romanos perdieron sus dominios é independencia, todo murió con su libertad, pues el afan de destruir las hechuras del contrario que acompaña comunmente al vencedor, unido á la grosera estupidez é ignorancia de los belicosos godos, les condujo hasta concluir con las pocas obras maestras del arte de los antigüos que respetáran los cristianos á la destrucion de la idolatría.



1. 2. 3. 4. 5.

1 y 2 Romanas. — 3 del tiempo de los reyes Católicos. — 4 del de Felipe IV. — 5 del de Carlos IV.

Mudáronse las costumbres bajo el cetro de yerro de los godos, y solo quedaron algunas desfiguradas y amortiguadas á manera del último rescoldo de un brasero que hubiera mantenido una gran lumbrerada. Limitándonos solo á España podremos asegurar que no hay memoria de que las godas primitivas usasen las agujas en sus tocados, pues en los poquísimos monumentos que nos deja-

(1) En vez de las tenacillas que sirven hoy para rizar el pelo, usaban las romanas una aguja de yerro ó acero muy caliente en la que rodeaban el pelo para formar el rizo, como lo dice Macrobio y Oznas.

ron tan groseros como ellos, (si se esceptuá la arquitectura que lleva su nombre, sin pertenecerles en nuestra opinion) nada aparece que pueda ayudar nuestro propósito. Introducida en España á la destrucion de los godos la profusion y elegancia asiática, por medio de los árabes, volvemos á notar las agujas adornando la cabellera de las bellas musulmanas, y como la moda no acostumbra á respetar religiones, no tardó mucho en ser costumbre en las descendientes de Pelayo. En esta época debieron en nuestro entender empezarlas á usar las valencianas que se han avenido tambien con ellas, que las han hecho su alhaja favorita.

Las damas de las brillantes cortes de Castilla, hasta los Reyes Católicos y aun poco despues, se sabe por varios autores gastaron dichas agujas y aun se ven adornadas con ellas en algunos retratos, y ya no vuelven á notarse hasta el alegre reinado de Felipe IV en que el conde duque de Olivares para favorecer sus ambiciosas miras, hizo brillar en Madrid el lujo oriental á pesar de las pramáticas de los Reinados anteriores para contener los excesos del lujo. Escondió por algun tiempo la moda el enunciado adorno sustituyendo á el otros propios del triste reinado del hechizado Carlos II y del belicoso Felipe V, y en el del inmortal Carlos III en que las artes valieron algo mas y adquirieron gusto y elegancia, sacó otra vez la moda sus agujas con los nombres de *flechas* para señoras y de *rasca moños* ó *mata-maridos* para las manolas y gente del pueblo; pero no se generalizó hasta el reinado de Carlos IV en que fue este adorno oscurecido otra vez por los erizones, cófias y promontorios con que se tocaban nuestras madres y abuelas.

Solo las valencianas han sido constantes en el uso de las agujas, y á ellas y á las máscaras de Oriente, debemos el que hayan vuelto á aparecer en el teatro de la moda española sin necesidad de que nos venga, como sucede con los demas objetos de lujo, de allende el Pirineo.

Nuestras madrileñas que tantas ventajas alcanzaron con ellas en los saraos, que tantas conquistas las deben, sintieron haber de dejarlas enteramente hasta el venidero carnaval, y consultando con su espejo, al desprenderse las agujas del tocado, no pudieron conformarse en abandonarlas. *B. S. C.*

IDEAS GENERALES DE ECONOMIA.

En vez de fundar la prosperidad pública en el egercicio de la fuerza brutal, la economía política la da por base el interés bien entendido de los hombres. Estos no buscan ya la felicidad sino en donde tienen seguridad de encontrarla.

Para que los charlatanes no le engañen y para no ser víctima de los intereses particulares, necesita el público saber en que consisten sus propios intereses.

El triunfo menos dudoso es el de la verdad

Si la economía política desacredita á las malas instituciones, fortifica y apoya las buenas leyes.

No hay pueblo ignorante que sea rico ni esté bien abastecido.

Las falsas ideas son un mal positivo porque inducen á tomar medidas falsas.

Los derechos moderados aumentan indispensablemente el consumo, al mismo tiempo que los escesivos paralizan á la vez el consumo y el producto.

Es uno de los hechos mas confirmados por la esperiencia el de que todos los pueblos, cuyas instituciones depraban el entendimiento tienen una industria muy lánguida.

Uno de los beneficios de la economía política es enseñarnos á apreciar cada ventaja en su justo valor.

Un pueblo vecino que prospera debe ser mirado mas bien como un amigo util, que como un ribal dañoso.

Los paises en donde las fortunas medianas son las mas numerosas son los mas felices.

Nuestras riquezas estan en proporcion de la cantidad de cosas que podemos adquirir, y esta cantidad está en proporcion á su abundancia, ó lo que es lo mismo, á su bajo precio; porque *abundancia* y *baratura* no son cosas distintas, sino un mismo hecho espresado con dos palabras diferentes: cuanto mas comun es una cosa menos cuesta, y no cuesta poco sino en razon de ser comun.

No puede haber division de trabajo sin asociacion, ni tampoco desarrollo de luces.

El derecho de propiedad está en la naturaleza del hombre. Es preciso poder *poseer* para que se anime cada uno con el deseo de adquirir.

La legislacion mas favorable á la industria es aquella en que se procura á todos el mas alto grado la libertad y seguridad de sus personas y propiedades.

El procurarse cosas útiles, cómodas y agradables no es corromperse, porque la corrupcion consiste en tener gustos depravados, mas dañosos que útiles; es por el contrario llegar á un grado mayor de civilizacion; es vivir mas, ser hombre mas completamente.

TEATROS.

EL PAGE. *Drama en cuatro jornadas*; *su autor* Don Antonio García Gutierrez.

La escena nacional, saliendo del lastimoso abatimiento en que por largo tiempo ha enmudecido, nos presenta ya mas frecuentemente ocasiones de ocuparnos de ella, y jamás trabajo alguno escitó mayor simpatia en nuestro corazon ni en nuestra pluma.

Cuando observamos con placer á esa escojida porcion de jóvenes escritores, arrojarse inpávidos á una arena en que tan meritorios son los triunfos por lo difíciles é inseguros; cuando por resultado de esta noble lucha, vemos renacer al par el interés del público, que desmiente con este proceder la mal fundada acusacion de indiferencia; parécenos que nuestro deber consiste, en prestar un apoyo, siquiera débil y pasajero á los nobles esfuerzos del talento, y al poderoso aliciente de la solicitud popular.

Entre los varios autores que han logrado últimamente interesar aquella, pocos podrán gloriarse de haber escitado la pública simpatía desde los primeros pasos en esta carrera, como el autor del drama que hoy vá á ocuparnos, en cuya frente brillan aun en toda su lozanía los laureles que supo granjearse con su interesante y primera produccion *El trovador*.

Múevenos, pues, á detenernos á emitir algunas reflexiones que no creemos inoportunas el interes que naturalmente inspira un jóven que se anunció con tan brillantes esperanzas, y en quien desde luego se descubre aquel don celestial del genio, don que no es dado á los hombres conceder, y que directamente se recibe de la mano del Omnipotente; don que si fortifica y desenvuelve el estudio, es porque encuentra el gérmen en la cuna; pero don tambien que á par que brinda con la noble palma al que sabe dirijirle por el buen sendero, imprime severa responsabilidad sobre el ser priviligiado, que poseyéndole desconoce su orijen divinal, y le tuerce en contra de su noble y primitivo fin.

En otros artículos sobre dramas modernos, hemos dado á conocer nuestro pobre juicio acerca del abuso criminal que los autores del dia, y singularmente los franceses, han hecho de aquel presente del cielo, convertido en sus manos en arma ponzoñosa de seduccion y de maldades, que prestan á la nueva escuela literaria, un

carácter inmoral que nada tiene de comun ni de indispensable al justo desahogo de ciertas reglas eruditas con que la autoridad de los antiguos quiso entrabar el libre vuelo de la fantasía. Y lamentándonos sinceramente de tal funesta equivocacion, hemos escitado con fervor á nuestros jóvenes autores, á aprovechar de lo favorable de la nueva escuela, sin incurrir en los errores de sus modelos; á dar libre rienda á la lozanía de su imaginacion, sin abandonar empero la verdadera filosofía; la filosofía de la virtud. Afortunadamente se hallan colocados para ello en una sociedad no tan trabajada por los escesos, ante un pueblo no tan petulantemente inteligente, con una creencia fija, con mas costumbres moderadas, y sin la exijencia en fin de naciones que habiendo saboreado largamente los placeres fecundos del ingenio, corren desaladas en pos de los ficticios de una engalanada sofisteria.

La circunstancia de envolver en un drama un pensamiento moral, una idea madre á la cual vengan á subordinarse todos los adornos del ingenio, es tan indispensable, que sin ello renunciaria la escena á su primera y principal mision que es la de instruir y aleccionar al pueblo. Y cuenta, que no somos nosotros los que lo decimos, ni son ideas de los tiempos en que sin contradiccion se miraba á la escena como la escuela de las costumbres. Abranse si se quiere las obras de *Alejandro Dumas*, y se verá como este célebre dramático piensa en este punto. «Nunca estará de mas repetir (dice) que cuantos se han dedicado á meditar sobre las necesidades de la sociedad, á los cuales deben corresponder siempre las tentativas del arte, opinan hoy, mas que nunca que el teatro es un lugar de enseñanza. El drama debe dar á la muchedumbre una filosofía, á las ideas una fórmula, á la poesía músculos, sangre y vida, á los que piensan una esplicacion desinteresada, á las almas sedientas un refrigerio, á las llagas secretas un bálsamo, á cada cual un consejo, á todos una ley. Y no es menester decir que las condiciones del arte deben ser atendidas antes de todo, y satisfechas por entero. La curiosidad, el interes, la distraccion, la risa, las lágrimas, la observacion perpétua de cuanto pertenece á la naturaleza, la envuelta maravillosa del estilo, todo esto debe tenerlo el drama, sin lo que no seria drama: mas para ser completo, es menester que aspire decididamente á agradar, así como aspira decididamente á instruir. *Dejémonos embelesar por el drama; pero que lleve dentro de sí alguna leccion que sea fácil percibir.* Siempre que se quiera disecar esta bella cosa viva, tan hechicera, tan poética, tan apasionada, tan magníficamente vestida de tisú de seda y de terciopelo. Dentro del drama mas bello debe haber siempre una idea severa, lo mismo que dentro de la mujer mas hermosa hay un esqueleto». Y mas abajo añade. «En cualquiera ocasion que crea necesario manifestar á todos en sus mas pequeños incidentes una idea útil, una idea social, una idea humana, pondré el teatro encima de ello como un vidrio de aumento.»

Sentado este precedente cuya autoridad nos parece la mas oportuna en la presente ocasion, vamos á descencer á la averiguacion de si el autor de *el Paje*, ha hecho en su drama la aplicacion de aquel principio, principio vital para la escena, y sin el cual hemos visto que quedaria reducida á ser un lugar de entretenimiento y distraccion. Mucho nos cuesta confesarlo, pero á nuestra escasa penetracion no se ha revelado el pensamiento moral falso ó verdadero que el autor ha querido consignar en su obra.

Doña Blanca, esposa de D. Martin de Sandoval, conde de Niebla, y ligada por antiguos é impuros amores con D. Rodrigo de Vargas de quien tuvo un hijo antes de su matrimonio con el conde, vuelve á ver á su amante despues de muchos años de ausencia, y cediendo harto prontamente á las apasionadas persecuciones de este, no se contenta con menos que con hacer matar á su marido. Pero aun hay mas; para este objeto se vale de un page niño, Ferrando, el cual enamorado tiernamente de la condesa se presta á esta maldad en la confianza que ella le ha de corresponder su amor. Y por cuanto, y para llevar hasta el estremo el horror de lo situacion, este pagecillo enamorado ardientemente de la condesa, asesino de su esposo, y rival de D. Rodrigo, es el propio hijo de este y de Blanca, á quien ni uno ni otro conocian ya. Pero la condesa huye con su verdadero y antiguo amante, dejando asi burlada la criminal esperanza del page; mas cuando celebra las bodas con aquel, este se presenta á ejecutar su venganza, y para manifestar á la condesa su resolucion de quitarla la vida, empieza por envenenarse á sí propio, en cuyo estado se descubren los lazos naturales que le ligan con D. Blanca y D. Rodrigo, y muere en los brazos de ambos esposos, sus padres.

Este es en el globo el argumento, y repetimos que no alcanzamos la idea que el autor tuvo presente al desenvolverle. Pensamos mas bien que se limitó al objeto de tejer una fábula que le ofrecia situaciones de efecto, y el cuadro de una sociedad, que afortunadamente tiene mas de horriblemente fantástica que de real y verdadera. Si al menos hubiera constrastado tan sombrío cuadro con la oposicion de caracteres interesantes, con la espresion de nobles sentimientos como tan diestramente supo hacerlo en el Trovador, aun no le haríamos cargo de que por esta vez se hubiese alejado del verdadero objeto de la escena. Mas por desgracia ni tampoco esto hallamos en el drama de hoy. Los caracteres todos son igualmente odiosos, y voluntariamente criminales: una muger que abandona á su primer amante y se casa con otro; que luego hace asesinar á éste por correr tras el primero, burlándose de paso de la tierna credulidad de un niño; un hombre feroz que viene decidido á arrancar por la fuerza y la violencia á una muger del lado de su esposo; una criatura que no duda emplear los mismos medios para satisfaccion de una pasion innatural y precoz; y manchados con todos estos horrores los lazos mas puros de la naturaleza, los lazos santos del amor filial, y formar con ellos el formidable triangulo tan frecuentemente manoseado en la escena moderna; el asesinato, el adulterio, el suicidio.... ¿qué se puede esperar verdaderamente noble, verdaderamente grande con tales elementos? ¿en quién reposará el interes amoroso del auditorio? ¿qué personaje le identificará con su suerte, quién le conmoverá en su desgracia? ¿no deseará mas bien á la caida del telon verlos confundidos á todos por un rayo del cielo vengador?

Mas basta ya de severas reflexiones, y vengamos á la parte mas grata de nuestro empeño, cual es la de alabar el mecanismo literario del drama, sus bien conducidas escenas; su animado dialogo, su elegante y rica versificacion. A nuestro entender en este punto el autor de *El Page* es siempre el autor de *El Trovador*; la lozana imajinacion, propia de nuestro clima meridional, tiene en el un digno intérprete, el habla de Calderon y de Moreto un feliz continuador; y el público español una esperanza mas que prolongar. Resta solo que la filosofía y el estudio del mundo vengan á completar la obra del jenio, y á convencerle de que si las funestas escepciones del corazon humano presentadas tal vez en la escena, pueden llegar acaso á conmover momentáneamente á un auditorio estremecido; solo estudiando su curso natural y procediendo por reglas jenerales, podrá el escritor filósofo escitar en el pueblo constante simpatía, y vincular en su nombre una gloria inmarcesible, duradera.

M.

MADRID: IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN, EDITOR.